

CAPÍTULO III

DIFERENTES FORMAS DE LA TRIBULACIÓN

Vamos á estudiar en particular algunas de las formas de la tribulación, y hablaremos:

- 1.º *De las sequedades y de las angustias del alma.*
- 2.º *De las humillaciones.*
- 3.º *De las tentaciones.*
- 4.º *De las enfermedades.*
- 5.º *De los escrúpulos.*

I

Las sequedades y las angustias del alma.

I. Ordinariamente empiezan las pruebas de los amigos de Dios por *la privación de consuelos sensibles*. Al alma que con tanto ardor se ha consagrado al servicio divino, conviene que Dios la vaya acostumbrando á amarle á *El sólo* y no *los consuelos* y dulzuras que El da. ¿No es muy justo que esa alma que conoce las perfecciones infinitas de Dios, y que ha experimentado tantas veces los efectos de su bondad, le sirva *por gratitud* más que *por interés*? Dios no pretende en manera alguna que el alma excluya de su pensamiento la recompensa que ha prometido á los que le sirven; pero quiere ser servido y amado más *por El* que no *por la*

recompensa. Dios merecería ser amado y servido aun cuando nada prometiera.

Hé aquí por qué Dios, después de haber ganado á una alma por medio de consolaciones y delicias espirituales, la deja por algún tiempo sola frente á frente *con el deber*, que entonces aparece con toda su insoportable dureza.

Al efecto que produce esta prueba le dan los místicos el nombre de *noche*, y este nombre indica perfectamente el estado en que pone al alma. Nada hay más parecido á *un claro día* que el tiempo de los consuelos; entonces abunda la luz, el camino que se ha de seguir está perfectamente trazado, el alma sabe por dónde va, y el gozo de que se siente inundada le da en cierta manera alas para volar á la perfección..... mas cuando llega *la noche*, es decir, cuando desaparece esa alegría divina que llenaba el corazón, ¡qué extraño y doloroso contraste! Los ojos de aquella alma, que hace poco veían tan claro, se enturbian; su espíritu, que se ocupaba en Dios con tanto gusto, en nada puede ya fijarse; su corazón, que se abrasaba de amor, ya nada siente; al ardor y celo del bien suceden el tedio y el disgusto; ya no ve más que tinieblas y horribles fantasmas; hasta le tiene miedo á Dios.

II. Ved lo que nos dicen los santos hablando de lo que ellos han experimentado:

«Viéntenme algunos días— dice santa Teresa, — que me parece que todas las cosas buenas y fervorosas y visiones se me quitan, y aun de la memoria, que aunque quiera no sé qué cosa buena haya habido en mí. Todo me parece

sueño, ó á lo menos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto: túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo, no lo entiendo; paréceme estoy llena de faltas, sin ningún ánimo para la virtud, y el grande ánimo que suelo tener queda en esto, que me parece á la menor tentación y murmuración del mundo no podría resistir. Ofréceseme entonces que no soy para nada, que quien me mete en más de en lo común: tengo tristeza; paréceme tengo engañados á todos los que tienen algún crédito de mí: querríame esconder donde nadie me viese; no deseo entonces soledad de virtud, sino de pusilanimidad. Paréceme querría reunir con todos los que me contradicen: traigo esta batería, salvo que me hace Dios esta merced, que no le ofendo más que suelo, ni le pido me quite esto, mas que si es su voluntad que esté así siempre, que me tenga de su mano para que no le ofenda, y confórmome con El de todo corazón, y veo que el no tenerme siempre así es merced grandísima que me hace.»

«¡Cuál no será —exclamaba el beato Sebastián Valfré,—la angustia de un corazón que se halla sepultado en las tinieblas y dudas espirituales, hasta el punto de no saber explicarlas, ó si lo sabe, no le entiende su director, ya porque no tiene experiencia, ó ya porque Dios no le concede en aquel momento las luces que necesita para conocer el triste estado de su penitente! Dios permite á veces que el alma quede en tan completo abandono, que desde el

primer momento, perdida toda esperanza, no sabe adónde volverse: podría decir que es el momento de las tinieblas, pero tinieblas tan espesas que no tiene ó le parece no tener otro pensamiento que éste: *todo lo que digo, todo lo que emprendo, todo lo que hago es perdido*. Si no se conforma con la voluntad de Dios en esos instantes terribles; si no aguarda con paciencia que vuelva la calma, si no espera después del invierno de la angustia la primavera del consuelo, ¡Dios mío! no habrá para ella más que un remedio: el de no desalentarse, contando con el auxilio del Señor y sus infinitas misericordias, que no le faltarán en el tiempo oportuno.»

Ved ahora las terribles penas que sufrió san Alfonso hacia el fin de su vida.

Dios, que quería probarle como el oro en el crisol, le sometió en los últimos años de su vida á las más punzantes y más amargas aflicciones que puedan imaginarse. Para las almas que aman á Dios hay suplicios más crueles que la misma muerte, como son: el continuo temor de pecar, la violenta inclinación al mal ó la terrible angustia de sentirse lejos de Dios. Pues Dios permitió que todos estos males cayesen sobre su siervo.

Su inteligencia estaba obscurecida, y él mismo, perdido en medio de espesísimas tinieblas, sólo veía por todas partes pecados, ocasiones y peligros de pecar; y como estaba siempre en la incertidumbre de si había ofendido á Dios ó le iba á ofender, el buen anciano se hallaba en horrib'e agonía sin tregua ni descanso. El, que

había dirigido millares de almas; él, que las consolaba con una sola palabra, se veía entonces reducido á no poder dirigirse á sí mismo. De todo sospechaba, todo le inspiraba temores, y todo temor era para él una horrible é inaccesible montaña.

De ese temor nació en el Santo la desconfianza de la salvación. «¿Quién sabe—decía llorando,—quién sabe si me hallo en estado de gracia y si me salvaré?» Luego, volviéndose hacia el crucifijo, exclamaba deshecho en lágrimas: «Jesús mío, no permitáis que me condene.» Y cuando ignoraba si era culpable ó no: «Señor —repetía sollozando,— no me dejéis caer en el infierno, porque en el infierno no se ama.» Un día que le preguntaban cómo estaba, contestó: «Estoy debajo de la vara de la justicia divina.» Y, volviéndose hacia el crucifijo, exclamó: «¡Ah! Señor, castigadme como merezco, pero no me arrojéis de vuestra presencia.»

Además de los escrúpulos, sentía tentaciones tan variadas como peligrosas: tenía que luchar con la rebeldía de los sentidos, la vanidad de los pensamientos, la presunción y la incredulidad. Pero si todas las tentaciones le causaban gran tormento, las que iban contra la pureza redoblaban su martirio. «Tengo ochenta años —decía en cierta ocasión,—y aun no está apagado el fuego de la juventud.» Su castidad experimentaba tan rudos combates, que algunas veces exclamaba durante la noche: «Jesús mío, haced que yo muera antes que ofenderos. ¡Oh, María! Si no me asistís, puedo ser peor

que Judas.» Su único alivio hubiera sido la oración, pero frecuentemente no sentía en ella ningún consuelo. «Converso con Dios—dijo un día á su confesor,— y me parece que rechaza cada palabra que le dirijo. Yo le digo: ¡Jesús mío, yo os amo! Y oigo que me contesta: Eso no es verdad.» En tal estado, dos cosas resplandecían en él, según decía su director: una obediencia ciega y un completo abandono en manos de Dios. Había tal fe en su obediencia, que, no pudiendo tener cerca de sí al confesor ó no queriendo incomodarle, le enviaba á decir sus inquietudes y angustias por conducto de un criado ó del hermano que le asistía. Hallaba grandísimo alivio en confiarse de este modo á la divina misericordia, y él mismo dijo un día á su director: «Mi único recurso en mis angustias es abandonarme en manos de Dios; allí encuentro paz y alivio. Confío que Jesucristo, atendiendo únicamente á su bondad, no querrá sepultarme en el infierno.»

III. ¿Qué hacer en ese estado tan triste y desconsolador?... Continuar con sumisión la vida regular; ir, aun cuando sea arrastrando si es menester, á la oración, á la comunión, al trabajo, sin dejar nada voluntariamente; hacer fuerza á los labios para que repitan ante Dios los actos de fe, esperanza, amor y contrición, que el corazón al parecer se resiste á sentir; decir muchas veces á Dios, con toda la fuerza de la voluntad, aquellas tan amorosas palabras de san Francisco de Sales: «*Quiero amaros á lo menos en esta vida, si soy tan desgraciado que no os ame en la otra*; y sobre todo, obedecer

ciegamente al sacerdote á quien Dios ha confiado el cuidado de nuestra alma.»

Por lo demás, nos parece conveniente prevenir que las sequedades no siempre son una prueba que Dios permite directamente, pues pueden provenir también:

1.º De algunas aficiones secretas que lastiman el corazón del buen Maestro é impiden su completa familiaridad con el alma infiel. Oh vosotras que estáis atribuladas y os quejáis, examinad el fondo de vuestro corazón, y si halláis en él algún recuerdo ó algún afecto que ocupen el lugar que Dios debe ocupar, sed generosas, arrojadlo todo y no dejéis allí sino á Dios, sólo á Dios.

2.º De cierta idiosincrasia ó del temperamento propenso á la melancolía y á la tristeza. Informad sencillamente de vuestro estado al director de vuestra conciencia, y seguid sus consejos en cuanto al alimento, descanso de la noche, horas de recreo.

II

Las humillaciones.

I. La humillación es una prueba dolorosa; Dios no las escasea á sus amigos ni á esos santos que ahora son justamente para nosotros modelos de mansedumbre, pureza, celo, humildad: san Francisco de Sales, san Francisco de Regis, san Juan de la Cruz, santa Teresa, san José de Calasanz, el beato Pedro Claver, el venerable Boudon, el beato de la Salle, la beata Margarita Maria..... y tantos otros. ¡Oh!

¡Cómo los purificó Dios con las dolorosas pruebas de la calumnia, del desprecio, del abandono y de las más humillantes afrentas! No consideramos conveniente referir circunstanciadamente las humillaciones por que han pasado los santos. Sería de temer que se escandalizasen algunas almas.

La humillación es indudablemente castigo ó medicina del orgullo que tan profundamente arraigado está en nuestro corazón, pero es también un medio enérgico para desasirnos de las criaturas y unirnos con Dios. ¡Ah! Cuando vemos que se nos tiene por *el deshecho* de todos; cuando *nos desprecian y nos rechazan* nuestros más íntimos amigos, que deberían protegernos, ¿á quién iremos sino á Dios, á Dios, que siempre tiene una mirada de misericordiosa piedad aun para el alma más culpable y más vil, cuando se arrastra humildemente hasta El; á Dios que acoge con tanta bondad al alma desamparada que á El acude?

Cierto día en que el beato Susón saboreaba tranquilamente en su celda las delicias de la oración, oyó la voz de un niño que le llamaba diciéndole: «Enrique, ven á ver esto». El Santo fué corriendo á la ventana y buscó con la vista á aquel niño, cuya voz le había conmovido hasta lo más profundo del alma; pero no vió á nadie, y entonces sus ojos se fijaron en un perrito que estaba en un rincón del patio jugando con un trapo viejo. El animalito se entretenía con aquel harapo, y tan pronto lo rasgaba con los dientes, como lo arrojaba al aire para tomarlo en la boca, ó lo arrastraba

hasta un charco cenagoso que había allí cerca, y luego lo pisoteaba. Enrique volvió á entrar en su celda sin comprender el misterio que aquello significaba. Mas el ángel que le había invitado á considerarlo, se lo reveló: «Enrique —le dijo,—¿has visto lo que el perrito ha hecho con ese trapo? *El trapo eres tú, el perro representa á tus amigos y hermanos, que van á levantarse contra ti, y para quienes en adelante serás como un juguete, objeto de irrisión y pasatiempo.*»

El Beato se postró rostro en tierra, aceptando de buena voluntad todas las pruebas que el Señor le preparaba, y dándole mil gracias por habérselo prevenido de antemano, para darle tiempo de prepararse á la lucha.

También tú estás advertida, alma religiosa, á quien Dios ama muy especialmente; prepárate á las humillaciones.

II. ¿De dónde puede venir la humillación? Pregunta importante y delicada.

Las humillaciones te vendrán de todas partes; serás humillada *por Dios, por tus superiores, por tus amigos, por tu padre espiritual y, finalmente, por todas las criaturas.*

Pero no te asustes: Dios estará contigo, y con Dios tendrás siempre la fuerza necesaria para no flaquear, y gracia para sacar provecho de tan ruda prueba.

I.º — DIOS

Dios humilla á una alma permitiendo que por olvido, por atolondramiento, por falta de memoria, por ignorancia ó error completa-

mente involuntario, cometa *ciertas faltas exteriores* que unas veces perturban el orden de la comunidad, otras retrasan los ejercicios, ó dan ocasión á verdaderas desobediencias que todo el mundo ve y conoce; de ahí necesariamente reprensiones en particular y en público; la tacha de ligereza y disipación que exteriormente y en apariencia no carece de fundamento; el poco caso que van haciendo de lo que ella dice, y el desprecio y el olvido en que poco á poco la van dejando.

2.º — LOS SUPERIORES

Los superiores, viendo que la religiosa cae frecuentemente en faltas exteriores, acabarán poco á poco por formar de ella una opinión desfavorable. Verdad es que las faltas que cometen las religiosas á quienes Dios quiere hacer vivir en la humillación, son más bien aparentes que reales, pues únicamente la voluntad es la que constituye la malicia del pecado, y ellas tienen, como nunca, la voluntad unida con Dios; pero los superiores no pueden juzgar sino por lo que exteriormente aparece: sólo Dios penetra los secretos del corazón. De ahí proviene que, con la mejor intención del mundo, por providencia especial de Dios, atormentan á la pobre alma de todas maneras, acusándola unas veces de ilusa y otras de mal intencionada. Como creen que está ciega con respecto á sus defectos, la corrigen ásperamente, con intención de abrirle los ojos; después, viendo que por el rigor no consiguen nada, desesperan en

cierto modo de la curación de una persona con quien contaban antes, y la tratan ya como *un ser inútil*.

Como es natural, los superiores que conservan siempre en el corazón sentimientos paternales, sienten viva pena al tener que tomar tan extrema resolución, y esto produce mayor tormento al alma atribulada, pues ama á sus superiores, haría con gusto cualquier sacrificio con tal de complacerles y sufre doblemente al ver que sólo les sirve de tormento.

¿Qué hacer en medio de una pena tan cruel? Cuando el corazón no puede ya soportar solo el peso de la tribulación, es natural que vaya á buscar algún alivio en sus amigos; pero ¡ay! por una providencia también divina, en lugar de consuelos, sólo encuentra amargura y decepción (1).

(1) Los espíritus mezquinos y orgullosos — y suele haber algunos en las comunidades — podrían fácilmente equivocarse respecto á lo que se dice en este capítulo, y forjarse la ilusión de que *se hallan en estado de perfección* únicamente porque los castigan los superiores. Pero tengan presentes estas advertencias:

1.^a Las almas así probadas por Dios no ven en los *castigos y desprecios* una simple prueba, sino un castigo real merecido por sus faltas presentes ó por las pasadas.

2.^a Cuando los superiores obran con rigor, es porque ven alguna falta que corregir, un carácter que es preciso domar ó alguna desobediencia que expiar. Dios puede permitir que se equivoquen, que exageren y hasta que obren movidos por un sentimiento de antipatía; pero el alma que padece las consecuencias de su yerro, de su exageración ó de su carácter, *si es realmente santa*, sufre en silencio, no considerándose nunca como *una víctima*, ni como *una alma elegida* á quien Dios hace pasar por las pruebas, sino que se humilla cada vez más con los que

3.^o—LOS AMIGOS

Los amigos, siempre por divina permisión, se retiran de la pobre alma á quien Dios quiere humillar, con el fin de atraerla á sí. ¿Cuál es la causa de este abandono? Es completamente divina y la desunión se verifica lentamente; la pobre alma continúa siendo amante y generosa, pero involuntariamente se va haciendo cada día más tímida y más reservada; quizá Dios permite algunas ligeras inconsecuencias, y se resfría el cariño con que la trataban; entonces viene la indiferencia, luego el olvido y la sospecha tal vez.

«Aquella pobre alma—dice el P. Grou—que poco antes pasaba por santa en la comunidad, aparece de repente como sospechosa; ha perdido el buen concepto que de ella se tenía; la miran como hipócrita; se echan á mala parte sus más inocentes palabras; sus acciones más santas son tenidas por criminales; todos la abandonan y huyen de ella, aun sus más íntimos amigos.»

«Lo más sensible de todo para el alma privilegiada—dice santa Teresa,—es que sus amigos se alejan de ella y son precisamente los que la zahieren con palabras más mordaces.....»

«Yo conozco á una persona—escribía la misma Santa refiriéndose á sí misma,—que se vió reducida á no encontrar ningún confesor que

la dirigen. La murmuración destruye ordinariamente todo el bien que podrían hacer las pruebas que Dios envía,

quisiera oír; tanto era lo que se había dicho contra ella.»

Nosotros, que nos hubiéramos alegrado muchísimo de vivir con una santa Teresa, una santa Angela de Foligno, un san Pedro de Alcántara ó un san Juan de la Cruz, apenas podemos formarnos idea del aislamiento y abandono en que Dios los dejó por algún tiempo.

¡Oh! Si tenemos que sufrir la misma pena, sepamos como ellos unirnos con Jesús abandonado, con Jesús vendido, y soportémosla con resignación y derramando en silencio nuestras lágrimas delante del tabernáculo.

4.º—EL CONFESOR

El confesor, que es padre espiritual é imagen de la bondad divina sobre la tierra, á quien Dios ha comunicado algo de su paternidad, no abandona jamás, y puedes tener la seguridad de que no te dejará, alma atribulada, aun cuando todo el mundo te deje; empero Dios puede permitir que tú misma sientas cierto retraimiento para acercarte á él, lo que impedirá que tengas en él completa confianza; ó también puede darse el caso de que sospeches que está prevenido contra ti y que no quiere decirte nada. De ahí resulta que el que antes te comprendía tan bien y que leía en tu alma como en un libro abierto, hoy *no ve en ella absolutamente nada*; y desde el momento en que no te comprende, por mucha caridad é interés que tenga por ti, ¿qué quieres que haga? *Orar por ti y callarse.*

¡Oh! Verdaderamente es ésta una terrible prueba.

Entonces, procura humillarte y empequeñecerte; sobre todo no te quejes, ni murmures, ni cuentes tus penas, ni prorrumpas en amargos reproches, sino continúa haciendo con mucha sencillez la confesión de tus faltas é imperfecciones; acepta los consejos que te da aunque te parezcan inútiles para tu alma; esfuérzate por practicarlos y.... *espera: Dios volverá cuando haya pasado el tiempo de la prueba.*

5.º—LAS CRIATURAS EN GENERAL

Para las almas á quien Dios quiere probar, llegan momentos en que parece que se han cambiado las leyes que rigen el mundo. Nada de lo que emprenden les da buen resultado, y hasta las cosas sencillas dejan de serlo, presentándose llenas de dificultades con que tropiezan á cada paso; echan á perder todo lo que tocan, y estos resultados siempre infaustos, aun en lo que la prudencia más vulgar los auguraba felices, acaban por hacerlas tan tímidas que casi no se atreven á decir ni hacer nada.

Verdad es que lo que acabamos de decir no sucede *ordinariamente*; pero nos ha parecido conveniente decirlo, y aunque no hayamos expuesto extensamente *ese estado particular de algunas almas*, confiamos que, con la gracia de Dios, estas páginas podrán tranquilizar á algunas, haciéndoles ver que es sólo *una prueba* lo que el demonio les hacía quizá creer que era *abandono de Dios.*

III. *Conducta general que debemos observar cuando nos acusan.*

1.º No excusarse cuando nos avisan ó reconviene por nuestras faltas casi cotidianas; faltas de cuidado y diligencia, de orden y regularidad; no excusarse tampoco aun cuando nos reprendan severamente y en público, dejando que la humillación produzca en nuestra alma el fruto de purificación y de perfección. Sin embargo, cuando parezca que hay graves motivos para no dejarse condenar sin respuesta, no obremos sin haber pedido antes consejo y sin haber recobrado la libertad y la paz del corazón. Regla general: *no improvisar una excusa.* ¡Oh, cuánto más prudente y más justo es obrar como algunos santos calumniados, entre ellos san Francisco de Sales, *dejando á Dios el cuidado de justificarnos y continuar, bajo el peso de la sospecha ó de la calumnia, nuestra vida ordinaria pacífica y sosegada, y decir con tranquilidad: «Dios es el dueño de mi reputación; si ve que la necesito, ya se dignará devolvérmela.»*

2.º Para aprender á soportar las humillaciones, no hablar de ellas sino al director de nuestra conciencia; procurar no decir jamás ni una palabra en contra de los autores de esas humillaciones y penas.

En medio de ese silencio del alma, al pie del altar, en el apacible recogimiento de la oración, descienden las consolaciones del Cielo. No querer otro consuelo que el de Dios, es ganar el corazón del Padre de las misericordias y atraer sus divinas caricias. Por lo demás, los

consuelos humanos son completamente impotentes para aliviar el corazón, pues lo dejan vacío, contaminan sus afectos y abren la puerta á muchas faltas. Por el contrario, los consuelos celestiales producen la humildad, la caridad, la obediencia, la mortificación, la paciencia, la paz profunda: *«Me acordé de Dios—dice David,—y quedé consolado.»* (Salmo 76.)

3.º «Cuando os acusen con razón por alguna falta que hayáis cometido—dice san Gregorio,—humillaos profundamente; si la acusación es falsa, excusaos sencillamente negando la culpa, porque debéis este honor á la verdad y á la edificación; pero si continúan acusándoos, no os turbéis en manera alguna y dejad vuestra reputación en manos de Dios; en ninguna parte está más segura.» Estad muy convencidas de aquello que dice san Francisco de Sales: *«El mal y la aflicción sin abyección hinchan frecuentemente el corazón en vez de humillar lo.»*

III

Las tentaciones.

Tentación, propiamente hablando, es todo lo que solicita al pecado. Tiene por causa la inclinación al mal que hay en nosotros, la malicia del demonio, el atractivo de las criaturas, los malos ejemplos.

Para un alma que ama realmente á Dios, es ruda prueba el estado de tentación cuando llega á cierto grado de intensidad y continúa

por mucho tiempo. La pobre alma se siente algunas veces impulsada al mal con una violencia que le parece irresistible; parécete que quiere el mal, que lo ejecuta, y siente, sin embargo, en el fondo del alma que ama á Dios, que no quiere ofender á Dios, que preferiría morir mil veces antes que desagradarle; pero todo esto con tal confusión, que no puede darse cuenta de si realmente ha ofendido á Dios. Entonces le es carga pesada la vida, y como san Pablo, desea morir y pide á Dios que la libre de este cuerpo de muerte....., y Dios le responde: «*Te basta mi gracia!.....*» ¡Oh, sí, es una prueba muy dolorosa ese estado de tentación! Vamos ahora á exponer:

1.º *Los motivos por que Dios permite la tentación.*

2.º *Las diferentes clases de tentaciones.*

3.º *La conducta práctica respecto á las tentaciones.*

1.º—POR QUÉ MOTIVO PERMITE DIOS LA TENTACIÓN

Los maestros de la vida espiritual señalan cinco motivos particulares por los cuales Dios deja á una alma, á quien quiere, expuesta á las tentaciones:

1.º Para *probarla*. Cuando el alma goza de paz, no se sabe si su fidelidad procede de virtud, ó de buena inclinación natural, ó del gusto que puede tener en practicar tal ó cual ejercicio; mas cuando, combatida por el demonio, persevera en el bien, demuestra claramente que lo hace por virtud y por amor de Dios.

2.º Para *humillarla*. Jamás se obtiene mejor la virtud de la humildad que por medio de las tentaciones. Cuando el alma se ve asaltada por largas y fuertes pruebas, y está á punto de sucumbir, entonces toca, por decirlo así, con la mano su flaqueza y no puede menos de humillarse, porque reconoce la necesidad que tiene del continuo auxilio de Dios; por lo mismo recurre á El con más solicitud, y toma más precauciones para no exponerse á caídas lamentables.

3.º Para *purificarla* de sus defectos é imperfecciones, y hacerla, por consiguiente, más hermosa y más agradable á sus ojos. «Así como el mar agitado por la tempestad arroja afuera todas las inmundicias que ha podido recibir —dice Gerson,—de la misma manera el alma atormentada con tentaciones se desprende de todas las imperfecciones que había adquirido en el tiempo de calma.»

4.º Para *afirmarla en la virtud*. El alma que temiendo cada instante caer en la tentación procura con afán detestar el vicio, multiplicar las buenas resoluciones, mortificar la carne, obtener la gracia del Señor con fervorosas oraciones y con los actos más heroicos de virtud que jamás hubiera practicado en tiempo ordinario, se fortifica y se fija sólidamente en la virtud. San Pablo suplicaba incessantemente al Señor que le librara del aguijón de la carne, que le torturaba tan cruelmente. «No, le respondió el Salvador, no te conviene verte libre; te basta mi gracia, y tu flaqueza te sirve para mayor perfección.»

5.º Para que aumenten sus méritos y coronas. Cada vez que el alma triunfa de una tentación, adquiere un aumento de gracia que le valdrá un aumento de gloria en el cielo; de manera que tendremos tantas coronas como triunfos hayamos conseguido sobre el demonio. El Señor dijo á santa Matilde: «Tantas perlas engarza en mi diadema el alma atribulada, cuantas son las tentaciones en que sale victoriosa con el auxilio de mi gracia.»

2.º—DIFERENTES ESPECIES DE TENTACIONES

Indicaremos tan sólo las que atormentan más dolorosamente á las almas religiosas.

1.º—Tentaciones contra la fe.

Estas tentaciones son muy penosas y producen desaliento, quitan á la piedad todos sus encantos y á la oración todos sus consuelos; además, suelen alejar de Dios y de la sagrada comunión. Por lo mismo, es preciso combatirlas enérgicamente, según el consejo del confesor, á quien deben comunicarse, y en todas las circunstancias *obrar siempre en contra*. Después de todo, bien podemos decir que la palabra de Dios es inmutable é infalible, y, por consiguiente, ni nuestros sentimientos, ni nuestra manera de ver cambiarán la realidad de las cosas.

Así, pues, habiendo dicho Jesucristo que estaba en la Eucaristía, está realmente en ella, y todas nuestras razones y todas nuestras impresiones no impedirán la verdad y la realidad

de su palabra. Y aun cuando te parezca que ya no tienes fe, obra siempre y en todo como si realmente *tuvieras mucha fe*. Santos más grandes que tú han sido tentados contra la fe.

San Hugo, obispo de Grenoble, fué atormentado la mayor parte de su vida con tentaciones de blasfemia contra la Providencia. Manifestó esta pena al Papa san Gregorio VII, quien le tranquilizó, diciéndole que Dios no permitía aquella prueba sino para su mayor bien.

Santa María Magdalena de Pazzis fué atormentada hasta el punto que llegaba á inspirar lástima.

«Pedid por mí, decía algunas veces á las religiosas de su convento, pedid para que no blasfeme contra Dios.» Esta pena le duró cinco años.

San Francisco de Sales, estando enfermo, tuvo una tentación tan fuerte y peligrosa contra el adorable sacramento de la Eucaristía, que no quiso nunca manifestar en qué consistía por temor de que su relación hiciera vacilar á los débiles.

San Vicente de Paúl sufrió también tentaciones del mismo género, y para rechazarlas, no con palabras, sino con obras, hizo aquellas cosas tan grandes que admiramos todavía. Escribía todos los días su fe en sus obras, y contestaba con acciones á las falsas razones del tentador. Es lo que se debe hacer en semejantes casos: no conviene discutir interiormente, sino orar, hacer actos de fe breves y sencillos y practicar buenas obras.

2.^o—*Tentaciones contra la pureza.*

Estas tentaciones, cuando no son provocadas por alguna imprudencia, no perjudicarán al alma más que otra cualquiera prueba. Una vez tomadas las precauciones necesarias, es decir, la modestia, la mortificación de los sentidos, la fuga de las ocasiones peligrosas, la ingenua sinceridad en la confesión, el alma, en lugar de mancharse en ese estado, adquirirá mayor delicadeza, más desconfianza de sí misma, más humildad, y, por consiguiente, estará quizá más lejos que nunca de aquellas faltas y más cerca del corazón de Dios, que ama á los humildes, á los pequeños, á los que no confían en sí mismos, sino que ponen toda su esperanza en Dios.

«¿Dónde estabais, Señor, durante esas escenas abominables que acaban de perturbar mi imaginación?», decía á nuestro Señor santa Catalina de Sena.—«Hija mía, estaba en tu corazón», le respondió el divino Maestro. Esto es lo que les sucede á las almas que permanecen fieles en medio de las tentaciones de que tratamos. La devoción á la Santísima Virgen y el llevar con fe sus medallas benditas, son remedios admirables contra este género de pruebas.

3.^o—*Tentaciones de soberbia.*

El demonio no sugiere tentaciones de soberbia á las almas devotas como á los mundanos, pero no sabemos en qué caso es más difícil

la victoria. Insinúase el orgullo en las personas devotas de un modo tan sutil y seductor, que no puede evitarse sino con un auxilio muy especial de la gracia de Dios. De este género de orgullo nacen los juicios temerarios sobre el prójimo, mucho rigor y grandes exigencias, celo indiscreto y de mal gusto, gran propensión á quejarse, secreta complacencia en oír murmuraciones, la confianza en las propias fuerzas, avidez imprudente y presuntuosa de los estados extraordinarios del alma, y todas las ilusiones que acompañan esa especie de avidez. Para triunfar de esa funesta tentación es preciso, tan pronto como se adviertan las primeras señales, humillarse mucho en la oración y en las horas de recogimiento, ejercitarse en cosas que humillen, tener mucho cuidado en confesar todas las faltas sin ningún género de disimulo, arrostrar algunas humillaciones en obras y en palabras, pero siempre según el consejo del confesor, pues los errores del amor propio podrían ser, aun en eso, muy peligrosos. No hablar nunca de sí mismo sino es por necesidad, y no afanarse por manifestar su peccar.

4.^o—*Tentación de desesperación.*

Cuando esta tentación llega á cierto punto, es espantosa y causa terribles estragos aun en el cuerpo, como le sucedió á san Francisco de Sales cuando estudiaba en París. Sabida es la heroicidad con que triunfó de ella con el auxilio de la Santísima Virgen.

Si Dios te somete á tan terrible tentación; si te parece que no te queda ninguna esperanza; que estás condenada al infierno, que vives en estado de pecado mortal, que Dios te rechaza, que la Virgen y todos te abandonan....., ¡oh! por Dios, no te dejes abatir; vé á postrarte al pie del Tabernáculo, y dile á Jesús como Job le decía á Dios: «*Aun cuando me matarais, esperaré en Vos.*» Dile como san Francisco de Sales: «*¡Si os he de aborrecer por toda la eternidad, permitidme á lo menos ahora deciros que os amo!*»

Una vez vencida esta tentación, penetran en el alma el amor más puro, las más vivas luces y las más escogidas gracias. Se corrigen los defectos más sutiles, la naturaleza muere para dar lugar á la fe, y esos días y á veces años de horribles angustias proporcionan al alma, aun antes de llegar al cielo, delicias que no pueden expresar los labios humanos.

Para combatir esta tentación son medios muy excelentes la perfecta fidelidad á los ejercicios piadosos; la frecuencia asidua á los santos Sacramentos, aun cuando sea preciso ir arrastrándose á la comunión, como le sucedía á santa Magdalena de Pazzis; la humildad y la devoción á la Santísima Virgen.

3.º—CONDUCTA PRÁCTICA RESPECTO Á LAS TENTACIONES

1.º No pidas á Dios que te libre de la tentación; pídele tan sólo la gracia de no sucumbir; el que rehusa el combate, renuncia á la

corona. *Para combatir* abandónate en la santa voluntad de Dios, que no permitirá nunca que seas tentada más allá de lo que permitan tus fuerzas; y durante la lucha, con sólo que dirijas á El los ojos, él peleará contigo y por ti.

2.º «Deja correr el viento—dice san Francisco de Sales,— y ten por seguro que todas las tentaciones del infierno juntas no pueden manchar á un espíritu que no las quiere.» Hay en el fondo del alma otro fondo más íntimo todavía, en donde el demonio no puede penetrar. Dios se lo ha reservado para sí y es su santuario. El demonio se agita, mete ruido, alborota la imaginación, cansa los sentidos; pero en la parte superior del alma no se altera la paz, porque Dios está allí. «Bien puede el demonio, á pesar mío, obrar sobre mis sentidos y sobre mi imaginación—decía un santo,—pero nada puede sobre *mi voluntad*, que me pertenece á mí exclusivamente; por más que me diga que *quiero el mal*, le contestaré siempre que *no.*»

3.º Temes ser culpable porque confundes *la impresión con el consentimiento*, y tomando el estado pasivo de tu imaginación por un acto de tu voluntad, crees que has cedido á la tentación porque la has sentido muy vivamente; tranquilízate: ordinariamente, la imaginación trabaja fuera de los límites que están á nuestro alcance. San Jerónimo se había retirado al desierto, huyendo del mundo, para no ser testigo de sus escándalos, y no obstante, la imaginación le representaba las danzas de las damas romanas; maceraba su cuerpo, como san Pablo, reduciéndolo á dura servidumbre, y todavía

torturaba su corazón el fuego de la concupiscencia. En medio de aquellos terribles combates padecía, pero no pecaba; erà atormentado, pero no culpable, y la pena que sentía era una prueba de su amor ardiente á Dios.

4.º Penétrate bien de esta doctrina, que servirá para tranquilizar tu alma cuando te turbe el temor de haber pecado. Para constituir un pecado mortal son necesarias tres circunstancias:

Que *la materia* sea grave.

Que *el espíritu* tenga pleno conocimiento de la culpabilidad de la acción que se comete, ó de la omisión que se permite, ó del peligro ú ocasión á que se expone.

Que *la voluntad* se decida con pleno consentimiento y preferencia criminal por la acción prohibida, ó la omisión culpable, ó la ocasión peligrosa.

Si falta alguna de estas circunstancias, no hay pecado mortal.

La seguridad completa sólo puede y debe venir de la obediencia, por lo cual debes exponer con sencillez é ingenuidad á tu director el estado en que te hallas; y cuando éste decide después de haberte escuchado, debes someterte á su decisión con entera confianza é imperturbable tranquilidad, rechazando el temor de que no te haya comprendido bien ó de que no te hayas explicado completamente.

5.º El estado del alma, por más atormentada que se haya visto durante la tentación, puede siempre exponerse de este modo: *O soy ciertamente culpable, y me acuso de mi falta, ó cierta-*

mente no soy culpable, ó no puedo darme cuenta de si soy ó no culpable; he luchado, he combatido, y me acuso tal como Dios me ve. Todas las palabras que puedas decir, han de resumirse en una de esas fórmulas.

Ten presente que, para las almas que quieren sinceramente ser de Dios, lo importante en la confesión no es *explicar mucho*, sino ser *muy humildes, muy sumisas y querer sinceramente evitar las menores ocasiones de pecado.*

6.º ¿Qué debes ir á buscar en un director ilustrado? *La gracia del Sacramento y una dirección conforme á los designios que Dios tenga sobre tu alma.*

Estas dos importantes cosas no faltan nunca, pero no bastan para tu natural, ávido de contentos.

Tu alma quisiera, en cierto modo, descargarse del peso que la oprime; encontrar un apoyo que la ayudara á elevarse por encima de las miserias, y á salir de las pruebas interiores y exteriores; quisiera que la llevaran por el camino del cielo, para evitarse fatigas y dificultades. Ocasión es ésta de recordar aquellas palabras tan fecundas en sus aplicaciones: «*Si así fuera, ¿dónde estaría el martirio de la vida?*»

En general, la misión del director es *ilustrar al alma, obrar sobre ella en cuanto lo juzgue á propósito para dirigirla á Dios* y, según la expresión de Bossuet, *para no dejarla respirar sino del lado de Dios.*

No le pidáis otra cosa.